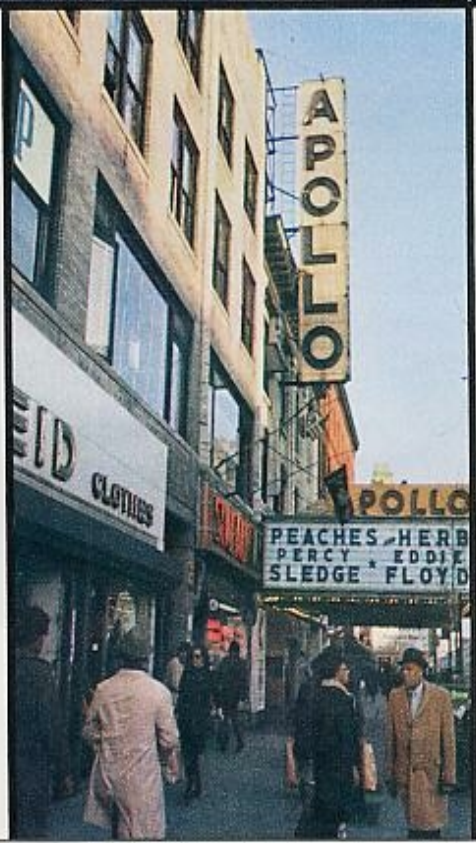


Harlem tiene hoy unos trescientos mil habitantes, agrupados en nueve kilómetros cuadrados. Quizá esta cifra no sea muy explícita. Si comparamos sus tres mil trescientos habitantes por kilómetro cuadrado con los trescientos de la provincia de Barcelona o los doscientos cincuenta de la provincia de Madrid, comprenderemos la realidad de la situación...

harlem

capital mundial de los negros

Una bomba de explosión retardada que se colocó en 1901 y que amenaza ahora a la ciudad más rica del mundo.



Si Madrid tuviera la densidad de Harlem, podría albergar a toda España.



por JUAN ALDEBARAN

EXISTE un gran número de posibilidades de que el nombre de Philip A. Payton no pase a los libros de historia. Sin embargo, una sola idea suya ha influido notablemente en la historia de los Estados Unidos. En 1901, este agente de negocios inmobiliarios, próspero pero insignificante, tuvo la idea de que algunos apartamentos desalquilados del nuevo y creciente barrio de Harlem fuesen alquilados a negros. Había desencadenado una operación que en menos de diez años habría creado la capital negra de los Estados Unidos, el centro de todas las reivindicaciones, de todas las esperanzas y de todas las miserias.

Hasta entonces, Harlem había sido uno de los centros más elegantes y más distinguidos de Nueva York. El nombre se lo había dado Peter Stuyvesant en el siglo XVII, en la época holandesa de Nueva York, y la riqueza le vino a fines del XIX, cuando un grupo de grandes propietarios y especuladores de terreno —Vanderbilt, William Waldorf Astor— idearon construir allí un «pulmón», un respiradero para los ricos de la gran ciudad. Los finos caballos de raza del Comodoro Vanderbilt, tenidos respetuosamente de las riendas por los «grooms» negros, pasaban ostentosamente hacia el terreno de





«Me encontraba como un animal en la jaula. Sentía que si no conseguía escapar me ahogaría lentamente», escribe en sus recuerdos uno de los más ilustres hijos de Harlem, el novelista James Baldwin, que pudo llegar a Europa, donde ha hecho su carrera literaria, pero que finalmente ha vuelto a Harlem. Ralph Ellison, otro novelista negro, considera a Harlem como «el lugar y símbolo de la perpetua alienación del negro en el suelo en que nació».





harlem

CAPITAL MUNDIAL DE LOS NEGROS



polo, junto al Harlem River; los elegantes, en frac, capa forrada de seda y sombrero de copa, se dirigen a la «Harlem Opera House», fundada por Oscar Hammerstein —primero de la dinastía de músicos de teatro—, que debía ser el primero de una serie de edificios de recreo y espectáculo... Harlem alcanzaba todo su esplendor en verano. Era un lugar de descanso. Pero la especulación iba más de prisa que el desarrollo. Se habían construido demasiados inmuebles, muchos de ellos permanecían desalquilados y la angustia del dinero que no renta era —y es— muy fuerte en Nueva York.

La huida de los blancos

Fue entonces cuando Payton tuvo su idea genial. Provisionalmente, algunos de aquellos departamentos, situados en los bordes del barrio rico, podían alquilarse a algunos negros «buenos», a algunos negros con garantía... Fue el principio de una inmensa ola que devoraría todo el barrio. Los ricos huyeron despavoridos. No era, entonces, una sensación de miedo físico, como ahora. Los negros estaban todavía «domesticados». Era un sencillo problema racial. Y un problema de snobismo. Un barrio distinguido donde habitaban negros dejaba de ser un barrio distinguido... Los primeros en huir fueron los ricos. Luego siguieron los menos ricos, los comerciantes y los burgueses, que fueron poco a poco abandonando sus calles. Los últimos en huir fueron los judíos, y aún quedan algunos comercios judíos en Harlem.

El muro invisible

La ola, finalmente, lo invadió todo. Pero quedó como cercada. Hay un muro invisible en torno a Harlem. Corre a lo largo de la 110, linda con el final de la Quinta Avenida —la zona de los millonarios de la alta Quinta Avenida—, con el norte del Central Park —que tiene, también, su «zona negra»—. Traspasar ese muro invisible es entrar en otro mundo. No es fácil, no siempre es fácil. «Los paseantes, los aficionados a las sensaciones que no conocen bien Harlem, arriesgan en él su vida», dicen Laid y Mortimer en su «Nueva York Confidencial». «Si no tiene usted una razón concreta y legítima, evita Harlem». Los taxistas de Nueva York no conducirán a Harlem al turista. Atravesarán sus calles si el período es tranquilo, pero no se detendrán en ellas.

La alegría pagada

Hubo un tiempo en que no era así. Hacía los años 20, Harlem, ya totalmente «negrecido», era el centro de la diversión exótica. Era la época en que Ellington tocaba en el «Cotton Club» y Armstrong en el «Sunset»; la época de la prostitución barata, infantil, en torno al «Market». En el «Small Paradise» —donde la banda de Charlie Johnson era, entonces, más popular que la música refinada e intelectual de Ellington— la prohibición era un mito y las leyes apenas se encubrían ligeramente —el whisky en una taza de té—. Harlem era una parte inevitable y alegre de la vida del noctámbulo...

Pero en torno a esa alegría pagada crecían la angustia y la protesta, la miseria y la explotación. La afluencia de negros del Sur y el crecimiento demográfico fueron creando una población que estaba en sus límites. Harlem tiene hoy unos trescientos mil habitantes, agrupados en nueve kilómetros cuadrados. Quizá esta cifra no sea muy explícita. Si comparamos sus 3.300 habitantes por kilómetro cuadrado con los 300 de la provincia de Barcelona o los 250 de la provincia de Madrid, comienza a verse claro. Si explicamos que si la ciudad de Madrid, en sus límites actuales, tuviera esa densidad de población cabrían en ella todos los habitantes de España y aún sobrarían inmuebles vacíos. Con esa densidad, toda la población completa de los Estados Unidos —doscientos millones de habitantes— cabría en tres barrios de Nueva York.

Un negocio blanco

El resultado: unas condiciones de vida asfixiantes. «Me encontraba como un animal en la jaula.

Sentía que si no conseguía escapar me ahogaría lentamente», escribe en sus recuerdos uno de los más ilustres hijos de Harlem, el novelista James Baldwin, que pudo llegar a Europa, donde hizo su carrera literaria, pero que finalmente ha vuelto a Harlem. Otro novelista negro, Ralph Ellison, considera Harlem como «el lugar y el símbolo de la perpetua alienación del negro en el suelo en que nació». La alienación económica consiste en que todo Harlem es propiedad de blancos. Si el agente inmobiliario Payton no pensaba en el alcance histórico de su «idea», demostró, en cambio, ser un excelente hombre de negocios. Se dice que el precio de los alquileres en Harlem es el más caro de Nueva York, incluso el más caro del mundo, y su entretenimiento no cuesta nada a los propietarios: desde hace años no se realizan reparaciones de ninguna clase, y como los inquilinos no pueden repararlos por falta de medios, lo que un día fueron suntuosas residencias de los millonarios de Nueva York son hoy casi ruinas. Este ha sido uno de los argumentos racistas: culpar a los negros de ser «incapaces de vivir como seres civilizados». Otro argumento racista: los homicidios en el barrio de Harlem son seis veces superiores en número a la media de toda la ciudad; el uso de estupefacientes es diez veces superior, y la delincuencia juvenil está duplicada. Los sociólogos saben hoy que este aumento en la criminalidad es solamente consecuencia de las condiciones de vida: salarios bajos, pero forzoso, falta de escolarización, falta de higiene. Igual que los inmuebles, todos los centros de negocios y las tiendas y almacenes de Harlem están en manos de blancos, aunque trabajan con intermediarios negros. Harlem se considera como un excelente negocio blanco, y los negros lo ven como el símbolo máximo de su explotación. Uno de los elementos que con más frecuencia denuncian es el de la introducción del juego. Como en todas las zonas pobres, donde el dinero es difícil de alcanzar, el juego constituye una gran ilusión. Se dice que unos cincuenta millones de dólares cambian de manos en Harlem todos los años por medio del juego, y el juego está controlado por bandas («gangs») blancas.

La afirmación negra

Si Harlem produjo un día músicos de «jazz» y boxeadores, productos para la explotación blanca, hoy produce intelectuales y jefes políticos, y alberga a los que, nacidos en otros puntos del país, van a Harlem en busca de una capitalidad negra, que existe de hecho, desde la que centran su protesta y su oposición. La idea se basa en la afirmación de la «negritud»; es decir, no solamente en la base socio-económica del «derecho» del negro a ser un hombre como los demás, sino en la aseveración de que ciertas características de las que el negro quería huir —afirmando así, por la colonización imitativa, la superioridad blanca— son en sí valores. Se insiste en la belleza negra, en la belleza de la piel y del cabello —que en los años 20 era de buen gusto «blanquear» o tratar de desrizar—, en la fortaleza física, en la capacidad artística del negro. Muchos de los intelectuales de Harlem consideran que esta especie de «revolución cultural» es básica para conseguir romper el cerco, destrozando el muro invisible que le cerca. Muchos pretenden que la emigración a las zonas negras de otros barrios de Nueva York —Brooklyn, Bronx— que emprenden algunos negros que se encuentran en mejores condiciones económicas, es una deserción, y combaten las antiguas clases «aristocráticas» que se habían formado en Harlem a base de los distintos colores de piel como consecuencia de cruces. La base de estas ideas se expone en periódicos y revistas para negros, como «Ebony», que alcanza en estos días una difusión considerable, o como el «Amsterdam News», diario editado en Harlem que tiene una tirada de quinientos mil ejemplares.

Los más extremistas hijos de Harlem consideran, sin embargo, que estas publicaciones no son capaces de representar la verdad de la situación en Harlem ni encontrar salidas suficientes. Para ellos, una sola salida: la violencia. Esto es lo que hace que Harlem, en el corazón de la ciudad más rica y más poblada del mundo, sea como una bomba con espoleta retardada que colocó un agente inmobiliario en los albores de este siglo y que puede estallar de un momento a otro. ■ J. A. Reportaje gráfico de nuestro enviado especial MARTINEZ-PARRA.